

DEL LIBRO **BATALLAS DE UNA AMBULANCIA**

CAPÍTULO 1

Hoy he llorado y no me da vergüenza.

Carta de un enfermero a un ángel

Hola, Blanca:

Hoy se cumplen tres años, y necesitaba escribirte estas letras.

Hoy he llorado.

Hoy he llorado. He vuelto a hacerlo y no me da vergüenza...

Quiero que sepas que...

Naciste condenada. Te había tocado en suerte un síndrome de muerte, pero te aferraste a la vida, esa vida que te prometía llegar a adolescente.

Aquella noche sonó el teléfono, y aquel maldito aviso decía que tu corazoncito se paraba... Corrimos. Creo que salté de la ambulancia en marcha.

La Lucha

Tu añito de vida peleaba por seguir adelante. Te ayudamos e, incluso, abriste los ojos y nos regalaste unos minutos de ilusión.

Ilusión... ¡Qué poco nos duró aquella ilusión!

Peleamos, hicimos todo lo humanamente posible durante aquella hora... y perdimos. Eran las 00:05 horas del 03/08/14.

Creo que nunca deseé tanto ser un superhéroe para devolvarte a la vida. Pero la realidad nos machacó con su versión más dura...

Tu padre

Ningún padre merece ver morir a un hijo.

Un hombre valiente. Nos dio una lección de entereza y humanidad. Te cogió en brazos, te despediste de tu hermana gemela y nos diste un beso. Mis lágrimas mojaron tu mejilla.

Nos pidió reponernos, secar las lágrimas para, al salir por la puerta, ofrecer la misma oportunidad que te habíamos dado a ti; otra oportunidad a otro

niño que la pudiese necesitar. «Esta oportunidad que ha tenido mi ángel», dijo. Aún siento el nudo que me ahoga el aliento. Aquella noche, Jorge se salvó de un accidente. Hoy tiene una preciosa niña: Angélica. Creo en los ángeles.

Tu corazoncito

Tu corazón se rompió, y parte de mi alma quedó en aquel cuartito rosa.

Quiero que sepas que, aunque no fuiste mi hija, siempre serás parte de mi vida.

Quiero que sepas que hoy he llorado. He vuelto a llorar con tu recuerdo. He vuelto a llorar...

Quiero que sepas que, aquel enfermero que sollozó sobre tu cuna, te recuerda y te llevará en su corazón hasta el día que se rompa... quizá, en algún cuartito rosa.

Blanca DEP 02/08/14

P.D.: Esta carta te la escribí el año pasado. Han transcurrido doce meses y han sucedido muchas cosas desde entonces...

Fueron estas letras las que me empujaron a contar otras experiencias, otras batallas: unas, por desgracia, perdidas, como la tuya; otras muchas, ganadas. En este, y en los dos años precedentes, no has dejado de estar presente en mí; en mi corazón y en mi cabeza.

Un día, pasé por tu pueblo, pasé cerca de tu casa. Con lágrimas en los ojos, estuve tentado de parar, buscar a tu padre y darle un abrazo, decirle lo mucho que me enseñó aquella noche y lo mucho que aún te recuerdo... Lo mucho que aquella última hora tuya ha aportado a mi vida.

Hoy me despido hasta el año que viene. No dudes de que volveré y, durante estos doce meses, seguirás aquí: aquí a mi lado, aquí en mi corazón.

Y así otra batalla, y así una profesión¹.

Con esta carta empezó a escribirse este libro. Aquella noche, tras aquel aviso y mucha pena, empezaron a tomar forma estas letras.

Y he vuelto a llorar. Hoy he vuelto a llorar y me sigue sin dar vergüenza.

Han pasado más de tres años desde que acudí al bolígrafo y al papel en busca de respuestas. Al día siguiente del suceso, acudí a mi libreta para anotar lo que resultaba imposible. Me dolía, me dolía mucho y necesitaba aire, entender aquello que ya sabía que no era de comprender, sino de sentir y mitigar.

No me servía narrar un aviso. Tenía que hablarle a ella, y nada se me ocurrió más que sentarme a los pies de aquella cuna y vaciar mi corazón.

Recuerdo su tacto, su olor, su peso en mis manos, sus ojos negros... Recuerdo mis súplicas calladas para que no se fuese. «Quédate, por favor. Quédate...». Recuerdo la alegría de aquel corto espacio de tiempo en el que albergamos esperanza. Era alegría pura la que inundó mi cabeza al verla reaccionar. Recuerdo la desolación más absoluta momentos después.

Recuerdo caras, recuerdo silencio, recuerdo unos momentos imposibles de describir cuando cerré sus ojitos negros. Y algo cambió en mi vida para siempre. Supe —y hoy lo tengo claro— que habría un antes y un después.

Recuerdo un padre que era yo y, a la par, los cuatro componentes del equipo aquella noche. Un progenitor cuya entereza jamás volví a ver en ningún otro. Me enseñó el significado de la palabra *valentía*. A mí, que había estado en una guerra, me enseñó cómo se comporta un hombre valiente. Me sentí pequeño ante un hombre tan grande.

Tengo claro que, si hoy tienes estas batallas en tus manos, se lo debo a ella. Buscando mitigar el dolor, me puse a escribir. Hoy sé que, además, debí buscar ayuda: acudir a un profesional me asistiera a ordenar ideas y estabilizar emociones. No lo hice. Quizá por miedo, por vergüenza a que otros compañeros pensarán que era débil y eso me restase valía profesional. No veía lo equivocado

¹ Por motivos de privacidad, he cambiado, como siempre hago, nombres y datos clínicos.

que estaba. No dudes en hacerlo si algún día te ves en una situación similar. Nunca olvides que lo que de ti piensen los demás es cosa suya.

Busqué y leí mucho: gestión emocional, autoconocimiento... Me obligué a pararme para pensar. Tenía que reflexionar acerca de mi labor, de mi actitud ante el trabajo y la vida. Me llevó tiempo, me costó aflicción, pero mereció la pena llegar a conclusiones y acciones.

Primero, me ayudó entender lo simple, la base de que somos seres emocionales y de que las corazas no sirven cuando los motivos son tan poderosos. Exteriorizar emociones no resta, sino que suma y ayuda. No debía renunciar a lo que sentía, sino reconducir y buscar el cómo dar salida a esa carga, evitando bucles emocionales que a nada me conducían.

Debía encontrar el foco, el objetivo...Y ese foco no era otro que ayudar CON TODO, sin dejar atrás una parte de mí. De esta forma, si salía cara, habría sido gracias a esa asistencia integral que todo paciente merece; y si salía cruz, ninguna parte de mí podría recriminar a la otra haberse mantenido al margen.

Comencé a analizar —mediante la visualización— aquello que ocurrió, buscando errores y aciertos, buscando eliminar unas actitudes y reforzar otras.

Había que actuar. Sabía que escribir me ayudaba. Y aquí me tienes.

A ese ángel le debo mucho más de lo que puedo expresar con palabras...

Le debo haber conocido en mí a una persona que me era desconocida.

Le debo sentir amor por todo lo que me rodea y me hace feliz.

Le debo entender que un paciente es tan o más humano que yo mismo, y como tal merece ser tratado.

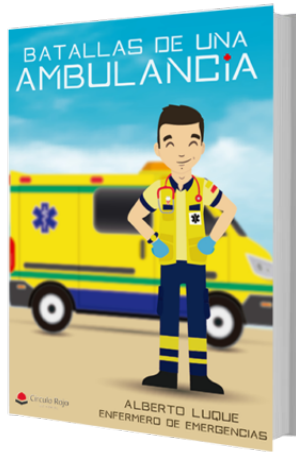
Le debo entender el respeto infinito que merece la familia del que hoy monta en nuestra ambulancia.

Le debo las gracias...

... A ese ángel, le debo dar las gracias.

¿Te gustó este capítulo?

Aquí te dejo mis libros, donde encontrarás relatos similares.



Batallas de una ambulancia



Batallas de una ambulancia 2